



# La Santa Sede

---

FIESTA DE LA PRESENTACIÓN DEL SEÑOR  
XIX JORNADA DE LA VIDA CONSAGRADA

**HOMILÍA DEL SANTO PADRE FRANCISCO**

*Basílica Vaticana  
Domingo 2 de febrero de 2015*

---

## **[Multimedia]**

Pongamos ante los ojos de la mente el icono de María Madre que va con el Niño Jesús en brazos. Lo lleva al Templo, lo lleva al pueblo, lo lleva a encontrarse con su pueblo.

Los brazos de su Madre son como la «escalera» por la que el Hijo de Dios baja hasta nosotros, *la escalera de la condescendencia de Dios*. Lo hemos oído en la primera Lectura, tomada de la Carta a los Hebreos: Cristo «tenía que parecerse en todo a sus hermanos, para ser sumo sacerdote compasivo y fiel» (2,17). Es el doble camino de Jesús: *bajó*, se hizo uno de nosotros, para *subirnos* con Él al Padre, haciéndonos semejantes a Él.

Este movimiento lo podemos contemplar en nuestro corazón imaginando la escena del Evangelio: María que entra en el templo con el Niño en brazos. La Virgen es la que va caminando, pero su Hijo *va delante de ella*. Ella lo lleva, pero es Él quien la lleva a Ella por ese camino de Dios, que viene a nosotros para que nosotros podamos ir a Él.

Jesús ha recorrido nuestro camino, y nos ha mostrado el «camino nuevo y vivo» (cf. *Hb* 10,20) que es Él mismo. *Y para nosotros, los consagrados, este es el único camino que, de modo concreto y sin alternativas, tenemos que recorrer con alegría y perseverancia. También para nosotros, los consagrados, ha abierto un camino. ¿Qué camino es éste?*

Hasta en cinco ocasiones insiste el Evangelio en la *obediencia de María y José a la “Ley del Señor”* (cf. *Lc* 2,22.23.24.27.39). Jesús no vino para hacer su voluntad, sino la voluntad del Padre;

y esto –dijo Él– era su «alimento» (cf. *Jn* 4,34). Así, quien sigue a Jesús se pone en el camino de la obediencia, imitando de alguna manera la «condescendencia» del Señor, abajándose y haciendo suya la voluntad del Padre, incluso hasta la negación y la humillación de sí mismo (cf. *Flp* 2,7-8). Para un religioso, caminar significa abajarse en el servicio, es decir, recorrer el mismo camino de Jesús, que «no retuvo ávidamente el ser igual a Dios» (*Flp* 2,6). Rebajarse haciéndose siervo para servir.

Y este camino adquiere *la forma de la regla*, que recoge el *carisma del fundador*, sin olvidar que la regla insustituible, para todos, es siempre el Evangelio. El Espíritu Santo, en su infinita creatividad, lo traduce también en diversas reglas de vida consagrada que nacen todas de la *seuela Christi*, es decir, de este camino de abajarse sirviendo.

Mediante esta «ley» que es la regla, los consagrados pueden alcanzar la *sabiduría*, que no es una actitud abstracta sino obra y don del Espíritu Santo. Y signo evidente de esa sabiduría es la alegría. Sí, la alegría evangélica del religioso es consecuencia del camino de abajamiento con Jesús... Y, cuando estamos tristes, nos vendrá bien preguntarnos: «¿Cómo estoy viviendo esta dimensión *kenotica*?».

En el relato de la Presentación de Jesús, la *sabiduría* está representada por los *dos ancianos*, Simeón y Ana: personas *dóciles al Espíritu Santo* (se los nombra 3 veces), guiadas por Él, animadas por Él. El Señor les concedió la *sabiduría* tras un largo camino de obediencia a su ley. Obediencia que, por una parte, humilla y aniquila, pero que por otra parte levanta y custodia la esperanza, haciéndolos creativos, porque estaban llenos de Espíritu Santo. Celebran incluso una especie de liturgia en torno al Niño cuando entra en el templo: Simeón alaba al Señor y Ana «predica» la salvación (cf. *Lc* 2,28-32.38). Como María, también el anciano lleva al Niño en sus brazos, pero, en realidad, es el Niño quien toma y guía al anciano. La liturgia de las primeras Vísperas de la Fiesta de hoy lo expresa con claridad y belleza: «*Senex puerum portabat, puer autem senem regebat*». Tanto María, joven madre, como Simeón, anciano «abuelo», llevan al Niño en brazos, pero es el mismo Niño quien los guía a ellos.

Es curioso advertir que, en esta ocasión, los creativos no son los jóvenes sino los ancianos. Los jóvenes, como María y José, siguen la ley del Señor a través de la obediencia; los ancianos, como Simeón y Ana, ven en el Niño el cumplimiento de la Ley y las promesas de Dios. Y son capaces de hacer fiesta: son creativos en la alegría, en la sabiduría.

Y el Señor *transforma la obediencia en sabiduría* con la acción de su Espíritu Santo.

A veces, Dios puede dar el don de la *sabiduría* a un joven inexperto, pero a condición de que esté dispuesto a recorrer el camino de la obediencia y de la docilidad al Espíritu. Esta obediencia y docilidad no es algo teórico, sino que está bajo el régimen de la encarnación del Verbo: docilidad y obediencia a un fundador, docilidad y obediencia a una regla concreta, docilidad y obediencia a

un superior, docilidad y obediencia a la Iglesia. Se trata de una docilidad y obediencia concreta.

Perseverando en el camino de la obediencia, madura la *sabiduría* personal y comunitaria, y así es posible también *adaptar las reglas a los tiempos*: de hecho, la verdadera «actualización» es obra de la *sabiduría*, forjada en la docilidad y la obediencia.

El *fortalecimiento* y la *renovación* de la Vida Consagrada pasan por *un gran amor a la regla*, y también por la capacidad de *contemplar y escuchar a los mayores* de la Congregación. Así, el «depósito», el carisma de una familia religiosa, queda *custodiado tanto por la obediencia como por la sabiduría*. Y este camino nos salva de vivir nuestra consagración de manera “*light*”, desencarnada, como si fuera una gnosis, que reduce la vida religiosa a una “caricatura”, una caricatura en la que se da un seguimiento sin renuncia, una oración sin encuentro, una vida fraterna sin comunión, una obediencia sin confianza y una caridad sin trascendencia.

También nosotros, como María y Simeón, queremos llevar hoy en brazos a Jesús para que se encuentre con su pueblo, y seguro que lo conseguiremos si nos dejamos poseer por el misterio de Cristo. Guiemos el pueblo a Jesús dejándonos a su vez guiar por Él. Eso es lo que debemos ser: guías guiados.

Que el Señor, por intercesión de nuestra Madre, de San José y de los santos Simeón y Ana, nos conceda lo que le hemos pedido en la Oración colecta: «Ser presentados delante de ti con el alma limpia». Así sea.